

COMPLEJIDAD Y VIDA COTIDIANA



Xilenny Ramírez Marchena

Hablar de complejidad nos puede introducir en el mundo de la incertidumbre. En reiteradas ocasiones los seres humanos hemos creído que para entender los fenómenos ya sean estos físicos, sociales o de cualquier índole es necesario recurrir a la simplificación de los mismos.

Paradójicamente una vez que se ha llegado a la simplificación de algún fenómeno surgen más incertidumbres que trasforman a lo que hasta ese momento se consideraba simple en algo de mayor complejidad. Édgar Morín en su capítulo "el paradigma de la complejidad" nos introduce en ese mundo en el que coexisten la complejidad y la simplicidad como si se tratase de cosas complementarias pero también opuestas. Además, para demostrar la interdependencia que existe entre ambos paradigmas señala "*toda conquista del reduccionismo se paga en realidad, con una nueva complejización*". Es de esa forma en que nos vemos envueltos por una nube de incertidumbre y de complejidad claro está. Por ello es conveniente recordar que la complejidad

y la simplicidad se necesitan mutuamente, para lograr aproximarse a una explicación satisfactoria de los fenómenos.

Desde hace mucho tiempo lo complejo se ha relacionado con la labor científica, mientras que lo cotidiano se ha relacionado con lo simple. Pese a este argumento, Édgar Morín nos recuerda que también lo cotidiano está cargado de paradigmas complejos, así nos afirma que: *"Hace falta ver la complejidad allí donde ella parece estar, por lo general, ausente, como por ejemplo, en la vida cotidiana"*.

De la vida cotidiana se desprende una multiplicidad de situaciones que hacen que nazca gran cantidad de incertidumbres. Si nos detenemos tan solo un instante para reflexionar acerca de la forma como vivimos y asumimos nuestra existencia nos pareciera entonces que lo simple y lo complejo coexisten permanentemente aún cuando parece señalárseles como antagónicos.

Al contrario de la gran mayoría de los individuos, he encontrado mi mayor motivación para reflexionar en medio de las grandes multitudes. Este hecho puede parecer extraño, incluso yo misma no comprendía el por qué de tan peculiar fenómeno. A los seres humanos nos gusta reflexionar acerca de nuestras relaciones con los que nos rodean y las expectativas hacia el futuro, es decir que tradicionalmente las reflexiones las hacemos de adentro hacia fuera. En mi caso particular, me identifico mejor al detenerme en las relaciones que se dan entre los seres humanos que me rodean para luego reflexionar en las propias. Parece una paradoja que alguien tenga la capacidad de mirar en su interior en medio del ruido y el bullicio de la vida cotidiana, pero así lo he logrado o al menos es ahí en donde me he encontrado algún tipo de reflexión.

Laboro en la provincia de Alajuela, desde hace poco más de un año, los sábados debo de estar en mi trabajo aproximadamente a las ocho de la mañana. Por ello debo abandonar el calorcito de mi cama a muy tempranas horas. Como es la costumbre, a las 7 de la mañana debo de caminar un largo camino desde la estación de buses de la esquina del famoso restaurante "Chelles" ubicado en el centro de la capital hasta la parada de buses de Alajuela.

Sábado 7 de julio

7:00 a.m.

Mi caminata sabatina inicia, en la Avenida Central, la principal de la capital. Podría incluso abordar otro autobús si así lo quisiera para evitarme el largo camino, pese a ello, prefiero poner a trabajar un poco más de lo usual a mis piernas.

A esa hora de la mañana la Avenida Central luce opaca, desolada y hasta parece una huerfanita. La gran mayoría de los locales comerciales están cerrados, solo algunos restaurantes están abiertos y se observa algunas personas degustando su desayuno. Veo a un par de mujeres salir de una discoteca del Centro de San José acompañadas de extranjeros, también hay algunos "chinamos" abiertos. Decido comprar unas galletas, me levanté un poco tarde y no he tenido tiempo para desayunar, hoy lo haré en el autobús. El hombre que atiende el chinamo tiene expresión de trasnochado, parece estar bastante cansado. Continué mi camino, los pocos transeúntes, nos sentimos dueños de aquella Avenida, no hay impedimento para caminar por donde mejor se nos antoje, no hay peligro de chocar con alguien, la visibilidad es plena. A esa hora también es visible gran cantidad de basura, el viento no tarda en echarla a rodar y entonces se



arma un desfile de envolturas de confites, galletas, bolsas plásticas, cajas de cartón, papeles, hojas sueltas de periódicos, botellas de bebidas gaseosas, de agua, de jugo, de cualquier desperdicio, todo tipo de desperdicio puede encontrarse aquí.

En poco menos de una hora después estoy en mi trabajo, sin embargo; mi verdadera travesía la encontraré de regreso a casa.

1:45 p.m.

Desciendo del autobús Alajuela-San José, el calor de la hora ha empezado a sofocarme. El sol ha decidido aparecer abriéndose espacio entre las nubes las cuales le ceden todo el espacio que este parece necesitar. Estoy nuevamente en la Avenida Central y debo de recorrer el mismo camino que en la mañana. ¡Cuánto puede cambiar un sitio en tan

pocas horas! La Avenida que observé en la mañana es ahora parte del pasado, la que tengo frente a mis ojos no se le asemeja en nada. La diferencia es solo un factor simple y a la vez complejo: hay gente, mucha gente.

La calle está abarrotada de personas, un niño se oye llorar, una madre reprende, han llegado a laborar los vendedores de lotería cerca del Mercado Central, de repente un par de amigos se encuentran al cruzar la calle, los vendedores ambulantes han inundado el lugar, todos ofrecen el último grito de la moda mundial: la faja de moda, los tirantes de moda, la pulsera de moda, que además viene en diversos colores, los collares... tanta moda nunca ha estado tan cerca de mi bolsillo, todo es sumamente barato.

Ese tumulto lejos de aturdirme me entretiene, incluso podría hasta afirmar que me gusta. No sé cómo explicar pero siento que no es la misma multitud que en la entrada de un concierto de música popular o la de un bar capitalino en fin de semana. La sensación es diferente, aquí hay algo especial porque la gente está en plena cotidianeidad. Algunos regresan de estudiar, van cargando libros y cuadernos, otros cargan paquetes, se dirigen al mercado, a las tiendas, al supermercado. Todos parecen estar concentrados en sus propias historias y yo voy concentrada en las ajenas, o al menos imaginándolas. Ellos no se percatan que los observo. Cada uno es sujeto de su propio mundo. Desacelero el paso, no tengo prisa, y creo que si la tuviera, esa muchedumbre siempre termina por conquistarme. Dentro de la Avenida Central, que podría describirse simplemente como una avenida concurrida diariamente por muchas personas, percibo más que una muchedumbre, percibo seres que a su vez son sujetos.

De repente, se me ocurre "jugar", y me invento el juego de las frases. Me dispongo, sin el permiso de la gente claro está, a escuchar parte de sus conversaciones, quiero percibirlos como sujetos y no como objetos que transitan una concurrida avenida. Camino muy despacio, y entonces como intento rescatar algunas frases. Mi ejercicio inicia: "le debo apenas cinco mil colones y se la pasa llorando...", no termino de escuchar el resto de la oración, yo camino despacio, pero ellos van a toda prisa. Continúo, confío en el éxito de mi intención, quiero saber qué habla la gente que va por la calle, la gente que transita esa avenida, gente desconocida para mí. Hay tantos y aunque los señale como una multitud todos son tan diferentes, entonces repaso lo que ha dicho Morín: "Pero hay que comprender que hay algo más que la singularidad o la diferencia de un individuo a otro, el hecho de que cada individuo sea un sujeto". Se acercan dos muchachas: "...Vieras que me queda de lo más linda...", "...ese carajo me paga el jueves...", "Es un buen carrito lo que pasa es que...", "Ayer salimos a comer...", "mami cómpreme un helado", "Espérese que no ando plata, tengo que pasar a comprar un pancito". También escucho algunas frases que se refieren a los últimos acontecimientos sobre la selección nacional de fútbol. Eso no podía faltar. No sólo he capturado esas frases, sino que también se han colado diversos acentos: nicaragüenses, colombianos y creo que uno panameño. Al concebir a estos individuos como sujetos, también me pregunto si ellos son conscientes de su realidad. Si decidiera simplificar esa situación y reuniera como quien arma un rompecabezas, no sería difícil lograr, aunque fuera de forma superficial, una pequeña aproximación de los temas de los que más habla la gente. Además, de la misma forma en que se presenta uno de los principios de la simplicidad, este hecho puede ser analizado desde dos perspectivas. La primera obedece a la *disonancia*, es decir a la separación de lo que está ligado. Entonces

podría separar a los individuos de la muchedumbre y pensar en ellos como sujetos. Siempre he creído que cada persona es un libro abierto, lleno de historias vividas. Pero al mismo tiempo he reducido sus trozos de conversaciones a temas, es decir he aplicado la unificación de lo diverso, así también he aplicado la otra perspectiva de la simplificación, la reducción. También están presentes en mi ejercicio, los pasos de la simplificación: selección de las pequeñas conversaciones, simplificación de las mismas con base en los argumentos más recurrentes, es decir la jerarquización. Posterior a la separación de estos, finalmente los clasificaría por temas, entonces habría aplicado el esquema de la simplificación. Quizás con bastante ligereza podría entonces decir que a las personas les interesa o les preocupa situaciones relacionadas con el dinero, la moda, las relaciones de pareja, el fútbol.

Sin embargo, estos temas son mucho más complejos ya que los individuos viven su situación particular como sujetos de su propio mundo, es decir, aunque tengamos las mismas preocupaciones todos las asumimos de forma diversa.

Me falta medio camino, pero creo que tendré que detenerme, una nube negra se ha posado encima de San José, supongo que no ha de ser muy grande, pero esta capital es tan pequeña, que como dijo Gioconda Belly, parece caber en un pañuelo. No ha de ser muy difícil que una nube se apodere de ella. Empiezan a caer las gotas, mi sombrilla no servirá de mucho, al igual que otros transeúntes, corro a refugiarme en las afueras de los muchos locales comerciales. Ahí me he acomodado entre la gente, a mi lado está una vendedora, una de las que venden las "pulseras de moda". A ella la lluvia no le impide seguir ofreciendo su mercadería, a los pocos minutos un hombre se le acerca, también es vendedor, lleva muchas pulseras en su mano. Este le dice a la mujer:

"Mañana a las 7 es la reunión en el kiosco de acá del parque", ella asiente con la cabeza y dice: "ah ya sabía, la vez pasada casi no llegó nadie". Mientras tanto mi cabeza trata de descubrir el propósito de dicha reunión. Por lo que me permite mi imaginación debe de tratarse de una reunión de vendedores ambulantes. De ser así, me sorprende, no tenía idea de que estas personas se reunían y me provoca una inmensa curiosidad saber acerca de lo que tratan en ellas. Recorremos las calles sin concebir más que nuestro mundo y olvidamos que hay otros que viven el suyo, ignorando la existencia del nuestro. El vendedor, el taxista, el comerciante, la mesera, cualquiera vive su propia visión de mundo ubicándose en el centro de este, eso es parte de la complejidad de nuestra existencia. A propósito de la manera de percibir nuestra existencia. Morín señala: *"Ser sujeto es ponerse en el centro de su propio mundo, ocupar el lugar del 'yo'". Es evidente que cada uno de nosotros puede decir "yo", todo el mundo puede decir "yo", pero cada uno de nosotros no puede decir "yo", más que por sí mismo".*

(Morín: 1992, 97).

El aguacero ha cesado, ahora solo queda una leve llovizna, creo que es tiempo de partir, mi sombrilla me defenderá de las constantes gotitas que continúan cayendo.

Sábado 14 de julio

1:45 p.m.

La tarde es similar a la del sábado anterior, aunque es un poco más oscura, resiento el cambio de clima, Alajuela estaba hirviendo.

Nuevamente estoy en camino a mi parada de autobuses y nuevamente estoy en la Avenida Central, nuevamente

el bullicio me hechiza. Sin embargo, hoy no resaltan ni los vendedores ambulantes ni las conversaciones de la gente, hoy me capturan otras observaciones. Hoy resaltan otro tipo de personas, aquellas que luchan por sobrevivir, que piden limosna o cantan en medio de la multitud. Entonces percibo la miseria en medio de cierta opulencia. Cerca del mercado una mujer pide dinero para comprar la leche del niño que arrulla en su pecho, en la esquina hay una zapatería llena de personas todo parece indicar que hoy hay ofertas, la gente se prueba los zapatos. Unos metros más adelante, hay un hombre vestido con un batón negro, lleva sandalias y un antifaz rojo, la gente lo mira con incertidumbre pero a él parece no importarle, mira desafiante con sus brazos cruzados. Yo sigo observando, de repente, caigo en la tentación de mirar las vitrinas, no busco nada, solo quiero curiosear. Me acerco a una tienda de ropa, no he terminado de llegar cuando una joven vendedora "se me lanza", me siento incómoda, ella parece no darse cuenta: "¿Qué buscaba reinita? Pase sin ningún compromiso", entonces yo sonrío, no quiero entrar me retiro sin pronunciar palabra. Es mejor no mirar más, no vaya a ser que me "ataquen" más vendedores. Una señora de mediana edad parece caer en la tentación y entra al mismo local, me doy cuenta que ella es una más de los tantos que entran y salen con paquetes, los vendedores sonrían satisfechos y esperan a su próxima presa.

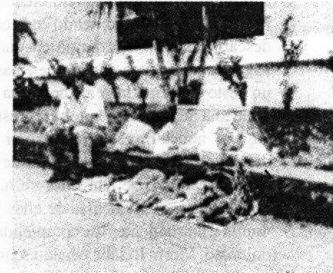
Al paso que voy puedo percibir muchas situaciones, escucho la voz de un hombre que canta, no es mendigo, canta para sobrevivir, canta acompañado de una pista musical, interpreta rancheras y boleros, la gente no parece notarlo, pero él sigue ahí, inspirado en sus melodías. Sigo caminando y observo a un joven minusválido que tiene un pequeño vaso de plástico en la mano y algunas monedas, está sentado en medio de la avenida, la gente prácticamente le pasa por

encima. Entre compras y paquetes convive la miseria. En los negocios la gente compra CDs, ropa, comida, zapatos, revistas, electrodomésticos, cosméticos o cualquier otra cosa. Si bien tenemos la sensación de comprar y elegir lo que queramos, sintiéndonos libres de ese acto, desde la perspectiva de la autonomía que nos ofrece Morín, esa afirmación no es muy cierta. Somos autónomos para elegir, pero al mismo tiempo dependientes del sistema en el que vivimos. Dependemos de una sociedad capitalista, en nuestro caso, cuyo mecanismo de funcionamiento es la producción y el consumo, que hace de la publicidad el instrumento perfecto para crear nuevas y constantes necesidades. Dependemos del sistema, aunque nos parezca que somos independientes en nuestras elecciones. En ese sentido, el autor señala acerca de la idea general que tenemos de nuestra libertad y de *cuán a menudo tenemos la impresión de ser libres sin ser libres... somos una mezcla de autonomía, de libertad, de heteronomía e incluso de posesión de fuerzas ocultas... he aquí una de las complejidades propiamente humanas.* (Morín 99).

Asumimos este sistema, lo aceptamos y lo alimentamos diariamente. Dicho de otro modo aplicamos uno de los principios de la complejidad que Édgar Morín ha llamado la recursividad organizacional o el proceso remolino, *un proceso recursivo es aquel en el que somos a la vez productores y los efectos son, al mismo tiempo, causas y productores de aquello que los produce* (Morín, 1992: 106). Hemos crecido dentro de este sistema, y continuamos alimentándolo, de la misma manera en que se ha venido haciendo generación tras generación, *los individuos producen la sociedad que produce a los individuos* (Morín 1992: 107).

Hay un hombre en la entrada de la librería lleva un rótulo colgado del pecho, no alcanzo a leerlo porque me

llama la atención una de sus piernas amputadas, me imagino que también le amputaron la esperanza porque su rostro refleja angustia, mira a la gente con temor, en realidad no sabe hacia dónde mirar, parece confundido. A un niño se le cae su helado y su madre para consolarlo le dice: "no llore ya ahorita comemos papitas con Coca Cola", el pequeño recobra su sonrisa. Hay otro joven en silla de ruedas, está tomando jugo, se nota que lo han mandado a pedir, en la mañana lo vi llegando a su "puesto" acompañado de una señora. Cuando lo volví a ver lo reconocí, en la mañana lo llegaron a dejar, sabrá Dios a qué hora lo llegarán a recoger. Un hombre con un megáfono anuncia su ceguera, pide en nombre de Dios "manos que dan nunca estarán vacías", afirma. Entonces todo aquel contraste me provoca ganas de salir corriendo, la angustia se apodera de mi ser, quiero escapar, acelero, camino entonces deprisa, me invade la culpa, demasiada ironía, los seres humanos estamos acostumbrados a aceptar la naturaleza de las cosas. Continué mi huida, las voces de los mendigos parece que trascienden mis huesos, estoy angustiada, hasta asustada. Parece entonces que la gente se percatan de mi desazón, siento sus miradas reprochándome, me parece que me dicen: "no, podés cambiar nada, siempre ha sido así, por qué la culpa después de tanto tiempo, hipócrita". Creo que como lo escribe el libro mencionado por Morín **The Origin of Consciousness**, hoy se ha roto la cámara en donde está el poder, en este caso el



sistema consumista y la cámara en donde se encuentra la vida cotidiana. Según lo que se expone en este libro, se supone que ambas cámaras han permanecido separadas por mucho tiempo, pero cuando hay una ruptura estas se comunican y entonces se origina nuestra conciencia. Esa ruptura es el resultado de la comunicación, no me refiero a la comunicación que transmiten los medios de comunicación colectiva, aunque estos claro está, podrían ser elementos importantes en el proceso del origen de la conciencia. Me refiero más bien a la comunicación que se da a partir de la constatación de la existencia de una contrastante realidad, de la cual somos testigos diariamente, aunque en reiteradas ocasiones no la percibimos como tal. Esa comunicación se da entre la verificación de la realidad, la asimilación de la misma en nuestra conciencia, es decir, en un intento de articulación, según el paradigma de la complejidad expuesto por Morín.

Mis pasos se entorpecen y tropiezo con un hombre "disculpe señor", él ni me alza a ver. Un hombre que reparte volantes anunciando la lectura del futuro y remedios para el amor, pone el volante enfrente de mí, yo lo esquivo, me han dado el mismo anuncio cientos de veces, el hombre insiste, me lo sigue poniendo en la cara, encuentro en quien descargar mi ira, sin darme cuenta le tomo el brazo y lo hago a un lado para que me deje pasar, el hombre me hace un gesto obsceno, la gente continúa caminando. Finalmente llego a la parada de autobuses, estoy a salvo, no... no me engaño, nunca he estado a salvo ni lo estaré. Estas contradicciones me han perseguido desde hace ya bastante tiempo. Las cámaras se han roto, no hay marcha atrás. Estoy condenada a afrontar más de ellas y aumentar mi incertidumbre diariamente. La complejidad se vuelve aquí algo doloroso. Morín lo sabe cuando señala: "la aceptación de la

complejidad es la aceptación de una contradicción, es la idea de que no podemos escamotear las contradicciones de una visión eufórica del mundo".

Es curioso que a partir de lo que muchos vivimos a diario, de la simple cotidianidad, a partir de lo que parece simple, se logre rescatar el carácter multidimensional de la realidad, y por tanto su complejidad Morín conoce esta singularidad de la existencia y finalmente señala: *la conciencia de la complejidad nos hace comprender que no podremos escapar jamás de la incertidumbre... estamos condenados al pensamiento incierto, a un pensamiento acribillado de agujeros, a un pensamiento que no tiene ningún fundamento absoluto de certidumbre* (Morín 1992: 107).

BIBLIOGRAFÍA

Morín, Édgar. **Introducción al pensamiento complejo**. Editorial Gedisa, Barcelona, España. 1992.